

# MISERIAS

— Buenas noches, señor director.  
 — Pronto me ha conocido usted.  
 — Ayer tuve el gusto de saludarle, cuando asistía a la visita; y hoy he visto a usted a las horas de comer.  
 — ¿Está usted satisfecho de la comida?  
 — Sí señor.  
 — ¿Tiene usted capricho por algún plato especial?  
 — No señor, no soy glotón.  
 — ¿Qué busca usted en los bolsillos?  
 — Que se me ha concluído el tabaco.  
 — No fume usted; yo tampoco fumo.  
 — Eso no es un argumento sólido.  
 — Pues bien; no fume usted, porque le perjudica.  
 — ¿Quién me lo asegura?  
 — Yo.  
 — Es una opinión respetable que sanciona usted con el ejemplo.  
 — ¿Y si yo fumase?  
 — La opinión seguiría siendo buena o mala, pero usted no debería imponérmela.  
 — Quizá tenga usted razón.  
 — Quizá no la tenga usted para dudar.  
 — ¿Le molesta a usted la duda?  
 — La ajena, no; la propia, sí.  
 — ¿Quiere usted explicarse?  
 — Mientras el prójimo dude, no ha de molestarme, porque estará dudando si me ha de molestar.  
 — El que condena sin pruebas...  
 — Dudará del acto penable, pero no duda de que debe castigar.  
 — Filósofa usted, don Ramón.  
 — Es posible. En cambio, la duda propia es insoportable.  
 — ¿Duda usted?  
 — De todo.  
 — ¿Pero no dudará usted de la existencia de las cosas?  
 — ¡Si dudo de lo que es existir!  
 — ¿No dudará usted de que estamos hablando?  
 — Acaso esté hablando yo solo.  
 El director hizo un gesto de disgusto.  
 — ¿No dudará usted de Dios?  
 — No.  
 — Porque está presente en todas las grandezas de la tierra y en todas las grandezas de esos astros que ahora mismo podemos contemplar.  
 — No es por eso. Yo no veo la grandeza de Dios en ninguna parte visible.  
 — ¿Le parece a usted poco grande esa hermosa estrella que se llama Sirio?  
 — ¡Bah! Es cien mil veces mayor y más brillante aquélla.  
 — ¿Cual?  
 — Aquella. Allí, al oriente de Casiopea.  
 — ¿Allí? Si son unas estrellas diminutas...  
 — La que yo señalo no la ve usted, porque usted no ve más allá de sus narices. Es un millón de veces más pequeña que esas que usted apenas percibe; y, sin embargo, es cien mil veces mayor y más brillante que Sirio.  
 — Sí, eh?  
 — Ayer, cuando vine a esta casa, me cre-

No son vanas quimeras, ni locas fantasías de ensueño alucinado, los trances de dolor, los pechos consumidos de insomnes costureras que tosen y trabajan en mísera labor.

No son sueños las niñas que duermen en portales, raídos los vestidos, helados ambos pies; las madres que a vecinas encargan sus criaturas, en tanto que trabajan por sórdido interés.

No son sueños las ansias de aquellas lavanderas que cogen pulmonías en río glacial, ni son vanos delirios los rostros requemados de tantos albañiles que van al hospital.

¡Oh, pobre el que allí muere! ¡Le cubre un practicante la cara, y sobre el pecho le ponen negra cruz! Que ha muerto saben luego sus hijos a la puerta, y van de allí a acostarse sin ropas y sin luz.

No son, no son delirios los cuerpos ya sin formas, transidos por los hielos, tostados por el sol, los pobres que en los vicios aturden sus angustias y acaso lleva al crimen un vaso de alcohol.

En hórridos trabajos, al toque de alborada, la lívida pobreza se pone a martillar, y, muerta de cansancio, de noche se retira sin pan jamás bastante su fuerza restaurar.

¿Por qué en indiferencia la holganza de los ricos contempla de los pobres el lento padecer, y nunca el santo impulso, ni el grito de justicia, la fibra inerte y lacia les hizo estremecer?

¿Vivir podéis, acaso, sin lástima siquiera de tanta pobre madre que vé días sin pan? ¡Salid de vuestro olvido! Pensad en que no es justo que no alivie la hartura del hombre el negro pan.

EDUARDO BENOT

yó usted un demente vulgar; hace un instante, al venir aquí, me creyó un loco discutible; y ahora, al acercarme a usted, me cree un loco extraordinario. Pues bien, yo creí ayer que podría usted ser un alienista; al empezar nuestra conversación ví que era usted un médico vulgar, y ahora me parece usted un majadero.

Y don Ramón volvió la espalda, y se marchó hacia el edificio.

Pero en la puerta hallóse con el capellán que había tomado su café después de marcharse los locos — para no producir mal ejemplo — y salía dando las primeras chupadas a un cigarro puro, delicadamente sostenido entre los dedos de la izquierda.

— Deme ese cigarro.

— ¿Por qué?

— ¡Que me lo dé usted!

— Le hará daño.

Don Ramón cogió la mano del cura, oprimió la muñeca, se apoderó del cigarro, se lo colocó entre los dientes y murmuró:

— Y ahora, me iré lejos: allí no me verán estas gentes.

El doctor, que había seguido al loco, se encontró con el capellán.

— ¿Qué le pasa a usted?

— Ese don Ramón...

— Acaba de marcharse. Ha estado haciéndome ver las estrellas.

— Y a mí también — respondió el cura.

Y con la mano de fumar acarició la de bendecir.

SILVERIO LANZA

*El gorrión tiene lástima del pavo real cargado así de su cola.*

*Leemos mal el mundo, y decimos luego que nos engaña.*

*La luz que juguetea, como un niño desnudo, entre las hojas verdes, es ignorante de la mentira del hombre.*

*El hacha del labrador pidió su mango al árbol y el árbol se lo dió.*

Rabindranath Tagore